

Divina Pereira Da Silva se despierta de su marido en una carretera de Elvas, Alentejo

Por no llorar, pensó de repente Divina Pereira da Silva, aunque no fue un pensamiento, fue una voz que la asaltaba, como si le hubieran dicho, ¡manos arriba! Solo que no podía ponerse en el coche, Hands up, manos arriba. Desistió de mirar a su marido, con el pelo aplastado por tantas horas de viaje y volvió la vista al paisaje, a la derecha y al frente. El cielo era azul, todo azul, azul turquesa en el cristal ahumado del espejo retrovisor, y los campos por delante amarillos, los amarillos de Castilla, anchos y quemados como una vieja foto polaroid, dos bandas de color. El heno, ordenado en fardos redondos hasta el horizonte, centelleaba al sol suspendido en las lomas sin resbalar. Las curvas superiores brillaban y hacían rebotar la luz, de las inferiores resbalaban sombras color azabache que multiplicaban su volumen al correr por tierra. Divina, se sintió como esos fardos, muda, en suspensión en una loma, a punto de rodar.

1

¡Por no llorar! volvió a pensar la voz de asalto.

Y a la voz -como cada vez que aparecía- le siguieron las imágenes: una ráfaga de fotos, algunas conocidas y otras nunca vistas, y el estado de ansiedad que después la dejaba deslavazada muchos días.

Vio su casa infantil en el rural portugués y los campos a los lados de la carretera, una cinta verde menta con los penachos del maíz en alto. Al fondo, el océano. Eran los últimos campos en la carretera de la costa, antes del desmontado, sustituidos por algunas decenas de naves con techos de uralita, un paisaje de cubos de cemento cerrando el mar.

Y después de la casa familiar, enseguida, vio la calle negra que subía por detrás que, para la niña Divina Pereira, era el extranjero. Torcía adoquinada a la izquierda y luego se perdía para siempre en la oscuridad, Nunca Subir Por Ahí, le decía ya entonces la voz. Naturalmente subió enseguida, con sus consecuencias que olvidó para siempre.

Mas los palos de la luz. Esos siempre aparecían. Los palos de la luz cosidos a las cuerdas de la luz sin pájaros, como ahora. Pensó que estaba cosida así a su marido, de palo en palo, uno detrás de otro, con las cuerdas de la electricidad hasta el final de un viaje que no sabía adonde los llevaba, a la India, había soñado ¿Qué iban a hacer ellos dos en la India?

El calor -después del primer café y la tostada de gasolinera, con aceite y tomate- empezaba a calentar el asfalto que ahora despedía un vapor que hacía temblar el horizonte. Luz que flota: reverberaba unos segundos sobre el asfalto y, de cerca, suspendía centellas de polvo plata que navegaban por la el aire brillante del verano.

2

Por no llorar qué, se preguntó Divina Pereira da Silva, que pensaba en sí misma con su nombre estúpido y con el apellido de su marido al lado, y cuando debía presentarse decía, Soy Pereira, y a veces, Soy Pereira Da Silva, pero nunca soy Divina, había sido una crueldad ese nombre para una que, desde pequeña, andaba solo pensando en ventanas que saltar. Así que se servía del nombre neutro de su marido para decir quién era, Pereira, decía, extendiendo la mano, Encantada, hasta que vio Sostiene, Pereira, la película con Mastroianni, y también Pereira empezó a parecerle un nombre ridículo ¿No sostenía ella a su marido?

¡Por no llorar!, ¡hands up! ¡Y dale!

Ahora era la foto de ella corriendo con sus hermanos por los descampados vacíos, se peleaban por la única bici para seis, luego nadaban en el río después de haber contado, minuto a minuto, todos los segundos que duran dos horas de digestión (172.800 segundos).

En ese momento –como si se cruzaran el río antiguo infantil y la carretera de Castilla-les adelantó un camión de la Coca-Cola. No había ningún otro coche, nadie, como si viajaran por una llanura de la luna en primavera. El camión les pasó frotando el rojo flamante de la caja metálica contra el intenso azul del cielo y el amarillo de los campos vacío. Se colocó delante de ellos y se quedó ahí muchos kilómetros, con la caja roja delante, tapándoles el horizonte, solo podía ver las letras blancas de la Coca-Cola y el altiplano de la meseta a cada lado.

Leyó una señal a su derecha: Fin de Pajares de Adaja.

-Fin de Pajares de Adaja, le dijo a Pereira.

Una banda roja diagonal sobre las letras indicaba que habían salido de Pajares de Adaja aunque no le pareció que hubieran entrado, no había visto ni pueblo ni casas ni un campanario o la iglesia. A los pocos metros: Ávila, 32.

-Ávila, 32, volvió a decirle a Pereira. El tipo, mudo.

El calor era como un secador ardiendo en la cara. Manoteó el aire para espantarlo pero seguía, una máscara de fuego sólido en las mejillas y hasta el cuello.

Quiso mirarlo, ¿estaría vivo?, pero desistió otra vez y volvió a mirar por la ventanilla, a la derecha y al frente.

Otro verano de campos amarillos de Castilla ardiendo al sol y de cielos silenciosos de Castilla. Delante, la caja flamante de la Coca Cola, con los níqueles destellando y las

pilas pensativas del heno, la curva de sombras azabache corriendo por la tierra, Soy como esos fardos, volvió a pensar Divina, siempre quieta dejando que la carretera se vaya sin mí, sin irme.

¡Por no llorar!

Volvió a oírse. Y con la sucesión de asaltos –entonces hoy no iban a parar, sería así todo el día- la angustia abrió la primera grieta.

Esas frases-asalto que le decían Manos arriba, Hands up, un atraco o un secuestro, luego la dejaban muchos días blanda, como un enchufe suelto. No tocar nada, era como si le dijeran eso. No sabía si se trataba de órdenes protectoras y la alertaban de un peligro, un fuego culpable al que no tenía que acercarse, o eran solo el aviso de un enigma, si lo resolvía dejarían de repetirse, pensaba, un enigma sobre qué.

Esta vez desfilaron las imágenes del día de la boda.

Iban, de blanco, ella; Sostiene Pereira con una flamante camisa roja. Un rojo que ni las amapolas le llegaban, rojas cuando brotan en primavera sobre el verde. Cuando lo vio casi se desmaya, los invitados pensaron que era la excitación, la estaba esperando al fondo de la iglesia con aquella camisa, sonriéndole como un conejo. Entonces sus vidas eran todavía dos senderos que habrían podido seguir sus sendas diferentes.

La víspera habían ido a la playa con Hamlet, para las fotos consabidas. Se empeñó Pereira, Es buenísimo, le dijo, extraño, verás que fotos.

El océano estaba liso y encima flotaban cúmulo nimbos de bordes lilas, el resto del cielo era claro. Caminaron bajo ese cielo seguidos por Hamlet, el fotógrafo.

-Desabróchate la camisa, le había dicho el hombre a Pereira.

Y luego le mandó sacarse los calcetines y remangarse los pantalones

-Fingid ligereza velocidad, les dijo.

Pero a ella, la cola de novia se le enganchó en las algas y en medio minuto se le llenó de arena. Gran ligereza, se sentía una ballena.

Aquella noche soñó, justo antes de casarse, después de las fotos de la playa, que el mar se los tragaba, los zarandeaba y los arrastraba al fondo. Era la primera vez que soñaba un mar enemigo. A Pereira, sí, siempre le dio miedo el mar, Le tengo respeto, le había dicho y renunciaron al viaje en barco a Marruecos, en el fondo, ella tampoco estaba segura de ese viaje. En el sueño, por fin, el mar los liberaba y los devolvía a la orilla. Buscaba a Pereira con la vista y allí estaba, tirado a unos metros de ella sobre la arena, los dos todavía vivos.

Mientras veía pasar esas fotos, todavía con la cola llena de algas y arena, y antes de que tuviera tiempo de preguntarse por aquel día, Pum, le estalló una rueda del camión de la Coca Cola. Fue un bombazo en la carretera desierta. Y justo seguido, casi en sincronía, ¡Por no llorar! ¡Otra vez! ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! Pero sabía que cuando empezaba a repetirse la frecuencia ya no había nada que hacer, pasaría todo el día perseguida.

Pereira dio un volantazo y durante unos segundos el coche fue y vino de un arcén al otro sin control. Hasta que dejaron de bailar a ciegas, Divina Pereira, sin mirar a su marido que tenía voz de sonreír. Le oyó decir, ¡Vaya susto! Y todavía sin mirarlo, le vio hacer ese gesto con los ojos muy altos, ¡Menos mal que reaccioné rápido!, le decía, mientras hacía sus aspavientos, que no necesitaba ver porque conocía todos los gestos de su marido aterrado (el gesto del peligro curvas, peligro dobles curvas, peligro pendientes, peligro sierras, vacas, ciervos, nieve, lluvia, meteoritos, huracanes, desprendimientos, hasta el peligro *indifinido* que también encontraron escrito a mano en un árbol de una carretera gallega). Sin volverse a mirarlo vio:

Los jardines de la Estrella de Lisboa con la gravilla mojada, un servilletero que decía OLÈ, el bar de los soportales en Terreiro do Paço y la terraza soleada donde comieron

un bocadillo de sardinas. La fila de coches que iba de Lisboa a Estoril y el tren Lisboa-Cascais. Desde la ventanilla del tren, el surtidor de una fuente que Pereira sostenía que era una farola, (Una fuente, Una farola, Una fuente, Una farola. Cuando llegaron a Lisboa ya no se hablaban). Vio la carretera nacional francesa que va de Pau a Castres y atraviesa colinas bajas, en invierno color tabaco y en julio, verde brillante. Y otra vez la plaza de Terreiro do Paço que atravesaba de la mano de sus padres. La luz espumosa de julio y de jun-

¡Por no llorar! ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

Su vida le parecía el paso de una fiesta constante, que había atravesado flotando sin peso sostenida de la mano de su padre, a perderse en plazas donde no hay un teléfono y el teléfono no funciona y olvidaste el número, encerrada en una cabina transparente, gritando invisible mientras repites equivocados todos los números.

6

Por no llorar qué, se preguntó. El ataque de la frase autónoma obsesiva que la perseguía desde el desayuno, a ver si la iba a dejar tonta para siempre, repitiendo dos o tres palabras con la voz más alta y aguda que el resto de la gente. Miró a su marido, primero de reojo, por fin girándose hacia él (no tenía otro modo de verlo entero que girarse del todo en el asiento) despierta de golpe en medio de la carretera que había empezado en Elvas, Alentejo, y pasaba por Pajares de Adaje, a 32 kilómetros de Ávila.

Por no llorar qué, qué enigma era, qué alerta, pensaba a cada asalto, con su marido que conducía, y al que ahora tendría que volverse para verlo del todo, para verlo bien, quién era ese hombre con los brazos tensos de conducir tantas horas, apoyados en el volante, la mancha gris clara de la camisa arrugado. Tanto rojo flamante y mira.

-¡Y menos mal que no me asusté! Lo oyó repetir, tres veces siempre la misma frase. Sus cantos de ayuda y esperanza en las dobles curvas, las vacas, los meteoritos

-¡Qué susto ese camión! -insistió

Sin asalto, sin ninguna frase imperativa ahora, lo vio caminando tímido por la plaza que rodea la Casa de la Música de Porto, donde se habían dado cita la primera vez. Ella esperaba taconeando en trayectos cortos al lado de una farola, refugiada del diluvio bajo la copa demediada de un plátano, curiosa, preguntándose por dónde llegaría. Pereira llegó dando un rodeo por toda la ciudad de Porto y por fin saliendo desde las sombras del parque de Praça Mouzinho de Albuquerque, desde donde empezó a caminar hacia ella, cada vez más claro por la luz de las farolas.

Miró a su derecha, antes de volverse a mirar a Pereira y leyó, Ávila, 25

- Ávila, 25, le dijo a Pereira

Y cuando acabó de decirlo la voz se había ido. Se acababa de ir, en la Casa de la Música, y no iba a volver, lo supo en el momento que se oyó decir: Ávila, 25. Notó el vaciado de siempre, cuando la voz paraba, un vaciado desde la barriga hasta la garganta y después un asentamiento, una cosa muy física, algo que se aposentaba cómodamente a la altura de la barriga al final de cada asalto. A lo mejor era una cosa de tiroides, increíble que su vida pudiera ser solo una cosa de tiroides, una glándula que teñía a capricho los pensamientos de azul o de negro y luego confundía sus juicios, como unas gafas sucias, ahora basta elucubrar, se había ido la frase, por otra parte, no eran todas las vidas igual. Glándulas que envejecen y se atrofian, humores que velan el juicio, interpretaciones equivocadas de todas las situaciones. Lo importante es que Manos arriba, ya no asaltaría hoy, acababa de dejar de oírla. Pasó varios minutos, cuántos, tiempo, pasó tiempo

pensando en la voz sin la menor ansia y sintiendo profusamente su ausencia. Algo se había ido (¿un fluido sonoro? ¿Qué? Jesús, qué día) y otra cosa había vuelto, sería otro fluido. Cristo santo y eso que nunca había tomado drogas, ni siquiera de joven, como todas sus amigas, Pereira también. Sacó el móvil del bolso y buscó fluido

Cuerpo cuyas moléculas tienen entre sí poca coherencia, y toma siempre la forma del recipiente donde está contenido

Justo. Su espíritu incoherente escapado había vuelto y se había acomodado entre la barriga y la garganta. Como si antes hubiera estado viajando en paracaídas hasta caer por fin, había caído y vuelta a ella, que estaba sentada en el asiento de copiloto de ese coche, con el señor de la camisa gris clara al lado, por lo visto, su marido.

Vio los brazos gruesos que sostenían el volante y vio el cojín rojo al que tiene que subirse para llegarle.

Ahora sí, sin la voz, podría dormirse justo mientras adelantan al camión de la Coca Cola, que les tapó la carretera hasta que le explotó la rueda. La chispa de la vida, leyó Divina mientras lo pasaban. Se lo dijo a Pereira,

-La chispa de la vida

Mientras adelantaban el camión y saludaban al camionero que está echado en el arcén, cambiando la rueda.

-¿Todo bien?- le preguntaron los dos levantando las barbillas interrogativas, y el tipo, sí, sigan sigan.

Y ahora sí, puede volverse, se vuelve, se gira entera en el asiento para verlo por fin, una rana pequeña con los brazos tensos por el trabajo de horas y horas de carretera. Conduciéndola adónde, a la India

*



Título: Divina Pereira se despierta de su marido en una carretera de Elvas, Alentejo

Lema: Sostiene Pereira

